



Fig. No. 139.- Rincón de un "terrenito" mocho.

no cansar más, bástenos estas dos referencias para ayudar a la solución del problema planteado por los antiguos mochicas.

Estudios de historiadores y arqueólogos

Desde que los historiadores y arqueólogos de la época republicana trataron sobre el Perú primitivo, han establecido perfectamente la diversidad de razas que habitaron el Perú, y las agruparon especialmente en selváticas, costeñas y serranas. Lorente, Wiesse y Uhle intentan una cronología y fijación de tipos dominantes, aunque no tratan de lleno sobre la raza mochica. Más bien ahondan sus disquisiciones, especialmente el último de los nombrados, en la identificación de la raza peruana, comprendiendo varios estratos y tratando sobre la evolución del hombre costeño desde el plano de su vida antropófaga. Éste afirma que halló las pruebas en los basurales de Ancón, dominio de los llamados "pescadores primitivos" –cosa que no hemos comprobado nosotros– hasta su estado de perfeccionamiento, patentizado en las muestras cerámicas de Nasca y Chicama. Igual disciplina cronológica y de distinción racial han seguido los

nuevos investigadores nacionales y extranjeros, y nadie se ha detenido en el problema de la raza mochica, confundida siempre con la raza yunga o, por decirlo mejor, la raza costeña del Perú antiguo.

Es útil informar además que muchas teorías sobre la raza y el origen del costeño antiguo han sido ampliamente rectificadas por nuevos estudiosos y hasta por sus mismos autores.

Es todo esto lo que podemos ofrecer a los investigadores del momento sobre el mochica del pasado, cuyos caracteres raciales estamos tratando de precisar nosotros, por primera vez, dentro de la disciplina que nos hemos trazado y con la que nos presentamos en el campo virgen de la arqueología peruana.

EL MOCHICA DE NUESTROS DÍAS

El mochica de nuestros días está representado, indudablemente, en los pocos indígenas de las localidades que ya hemos anotado anteriormente, y de modo particular en el pueblo de Moche, donde vive una población completamente huraña a la civilización que nos aleja de su tradición y costumbres. Los mocheros se relacionan entre sí y se apartan de los



Fig. No. 140.- El autor de la obra, bebiendo la ancestral chicha, con un interesante grupo de mocheros.

extraños a su raza y a su modo de vivir desde tiempos inmemoriales. De allí que nuestras investigaciones se hayan concretado especialmente a este pueblo, todavía con el alma del antiguo mochica y que obra con sus propias leyes y razones.

Los caracteres étnicos generales que pueden anotarse sobre el mochero son los siguientes: cara ovalada, nariz aquilina, ojos ligeramente rasgados, pómulos salientes, labios ligeramente gruesos, pelo lacio y grueso, color cobrizo y estatura mediana.

En cuanto a su etnografía, hemos logrado obtener los siguientes datos, que hemos dividido en tres secciones con el fin de que pueda así apreciarse con mayor justeza al mochero del presente.

- a) El mochero de la campiña.
- b) El mochero de la playa.
- c) El mochero de la ciudad.

El mochero de la campiña

Su vivienda es pequeña y se alza siempre al lado sur de los terrenos que cultiva. Sus casitas, en su arquitectura y la distribución de sus recintos, muestran igualdad unas con otras; esta forma de edificar es tradicional en ellos.

Cada casa, por lo común, está embellecida por la presencia de un jardín, en el cual se cultivan esmeradamente muchas clases de flores y también hortalizas (Fig. No. 139). Viven del producto de sus cosechas. Maíz, maní, yucas, camotes, frijoles, arvejas, arroz, ají y tomates son principalmente los frutos de sus chacras, los mismos que venden en el mercado de Trujillo. También cultivan árboles frutales a manera de entretenimiento y para cercar sus parcelas.

No hay mochero que no posea un lote de tierra de cultivo y en él su hogar. En su chacra siempre encuentra la manera de sembrar alfalfa o sorgo para el sostenimiento de una o dos vacas y del “piajenito” (burro), que constituye la parte más preciada de su propiedad privada.

En sus comidas es sobrio en cuanto a la cantidad, pero gusta de los alimentos bien preparados, a los que siempre agrega el “asientito” (chicha). Sólo en caso de fiestas familiares o cuando es visitado, el mochero hace abundantísimo su yantar; entonces es inagotable la “voluntad” que presenta al “aprecio” de sus invitados (Figs. Nos. 140, 141 y 142).

En lo que se refiere a la vida familiar, aun cuando el hombre representa el papel de jefe del hogar, y tanto la



Figs. Nos. 141 y 142.- Sugestivo rezago tradicional. Mochera de manos sarmentosas bebiendo la chicha en el originalísimo "poto". Derecha: la marinera, baile popular en el que un mochero pone toda su alma de artista.

mujer como los hijos le confían toda clase de respetos y de privilegiadas atenciones, éste no ejerce el gobierno económico, el cual corresponde exclusivamente a la mujer. Ella recoge los productos de la chacra y los vende; compra todo lo necesario para la casa y también recibe del hombre el jornal, cuando éste trabaja por cuenta ajena. En esta costumbre, como se verá, se observan rasgos del matriarcado.

El menaje de la casa es sencillo y se halla convenientemente distribuido dentro de una atmósfera de orden y de limpieza. La cama está constituida por una o dos esteras de totora extendidas sobre el suelo. Se hace poco uso de sábanas y almohadas. El mochero se acuesta sin despojarse de la ropa interior, pero siempre sujeto a una moral elevada. A la hora del descanso sabe conservar la separación de individuos de distinto sexo y de diferente edad, a fin de evitar toda promiscuidad, aunque esta separación, cuando el espacio es muy reducido, no se limite sino al espeso de una estera.

La franqueza y la alegría iluminan el espíritu del mochero, en el cual no tienen cabida las grandes preocupaciones. Esa franqueza y esa alegría llegan a su plenitud cuando se halla en presencia de sus paisanos y amigos más conocidos. En cambio, frente a

un extraño, adopta una prudente actitud de observación, por lo mismo que es temeroso de la censura y de la incompreensión.

Cuando se da cuenta de que la persona a quien acaba de conocer es de nobles sentimientos, y recibe de ella llano y afable trato, entonces el mochero se presenta tal cual es, llega a grandes extremos para hacerse agradable y todo cuanto posee se le antoja insuficiente para obsequiar al amigo. Es pronto en la respuesta y agudo en el concepto, y de ello se jacta en cierto modo, pues gusta, en determinadas circunstancias, de tener sus "agarradas", que son verdaderos torneos de ingenio, en los cuales luce un abundante repertorio de refranes y de dichos vernáculos que resumen su amable filosofía de la vida y su experiencia cotidiana.

Su sentido artístico, heredado a través de siglos, es bastante aguzado, y se manifiesta y materializa en la manera como el mochero arregla sus casas y jardines, y en cómo cuida de su indumentaria, a la cual suele dar gran realce.

Es intransigente y conservador en cuanto se refiere a la perduración de su raza: no permite uniones con gentes de Trujillo u otros lugares. Los pueblos con los que ellos mantienen íntimas relaciones son Virú, Huanchaco y Simbal. Las familias de Moche se unen en

matrimonio con individuos de los citados pueblos, que en tiempos remotos, seguramente, formaron una sola agrupación, en la que se practicaba la endogamia.

Frente a la ley y los convencionalismos sociales, el mochero se ofrece con un especial y propio modo de actuar. Si bien en ningún momento exterioriza su oposición a ellos, con las normas y costumbres en su vida, tanto individual como colectiva, evidencia su fervor y completa adhesión a los usos e instituciones de sus antepasados de remotas edades.

La vida colectiva es propia de una comunidad establecida en la forma característica de las civilizaciones peruanas anteriores a la presencia de los españoles en la América del Sur. Persiste en toda su fuerza el colectivismo agrario, con la sola limitación de conservar cada uno la propiedad del lote de tierra que cultiva.

La comunidad interviene voluntariamente en la siembra, la cosecha y edificación del hogar. En estas ocasiones, el grupo no sólo presta sus servicios, sino que los impone, y es motivo de resentimiento no ser invitado a participar en la realización de uno de estos trabajos.

La mujer de Moche ha heredado de manera más pura y profunda las características de la raza; sobresale su capacidad intelectual, que es superior a la del hombre, aun cuando nunca se ofrece más cultivada que la de aquél. Ella está dotada de excepcionales buenas cualidades: es fiel al marido y a la tradición, siempre se muestra bondadosa y alegre y se dedica con todas las potencias de su espíritu a los quehaceres domésticos y al cultivo de la tierra, modo de ser que no es lealmente interpretado, a veces, por quienes se le acercan. Es mujer eminentemente práctica, con sentido realista de la vida, a la cual sabe enfrentarse con firme y diamantina voluntad (Figs. Nos. 143 a 148).

Su mayor placer consiste en llevar los productos de su chacra a mercados bastante distantes, y a menudo se rehúsa a vender en su mismo pueblo, aun cuando le ofrezcan un mayor precio, por no privarse de la satisfacción de recorrer caminos, en un afán de movimiento y de renovación espiritual que, conciliándose con la naturaleza de su cotidiana faena, la hace ceder a la atracción que todo nuevo horizonte ejerce en el hombre y el deseo intenso de conocer que anima a éste, cualquiera que sea su grado de desarrollo (Fig. No. 149).

La mayor ofensa que puede inferirse a una mochera es tildarla de ociosa y desaficionada a “placear”; lleva

en su carne y en su espíritu la ancestral pragmática, válida para todos los autóctonos del Perú, que combate la pereza y la presenta como el vicio más execrable.

El mochero marino

El mochero de la playa no difiere en su manera de ser del de la campiña sino en cuanto a los medios que emplea para conseguir el sustento. La pesca constituye su principal actividad, y en el ejercicio de ella tiene muy presente la idea de comunidad ajustada a derechos legítimos.

Fuera de la pesca con espinel, que tiene carácter personal y cuyo producto sólo se emplea en el sustento de la familia y del pescador, se practica la pesca con fines comerciales, en la que se utilizan como elementos principales el bote y la red. Dichos elementos son propiedad de los pescadores que gozan de mayor desahogo económico, quienes los proporcionan a grupos, generalmente de doce personas, los cuales se comprometen a hacer por su cuenta las composturas y reparaciones en el bote y en la red.

Producida la pesca, se divide su producto en partes iguales, según el número de los pescadores, más una que toca al dueño del bote, otra al de la red y una última parte que se distribuye entre las personas que ayudaron a la cala, operación que consiste en extraer la red del mar y depositarla en la orilla.

Es digna de ser presenciada la operación del reparto: la efectúa, casi solemnemente, dentro del mayor orden, el piloto de la barca. Antes de dar a cada uno la parte que le corresponde, pregunta a todos si prestan su aquiescencia a la distribución, y concluida ésta, los asociados conducen el pescado a la ciudad, donde las mujeres efectúan la venta.

El mochero ciudadano

Sólo los tipos de mochero de la campiña y de la playa son dignos de estudio. El de la ciudad, el “enzapatado” y el “dotor” constituyen una verdadera lepra para la comunidad, salvo casos excepcionales. Es egoísta, avaro y de mala fe, defectos con los cuales hace víctimas a sus propios paisanos, a quienes explota despiadadamente, y los enreda en litigios que empiezan con la hipoteca de los “terrenitos” para concluir con el despojamiento y sumir a los propietarios en la miseria.



Fig. No. 143.- Vieja mochera preparando la sopa de bodas, tradicional e indispensable plato de los días de fiesta.



Fig. No. 144.- Vieja mochera recogiendo agua de una de las acequias que cruza su pueblo.



Fig. No. 145.- Anciana mochera.



Fig. No. 146.- La dulzura.



Fig. No. 147.- La energía.



Fig. No. 148.- El hermetismo.

Este mochero indeseable, sin las virtudes de su raza y con todos los defectos del hombre civilizado, gusta de vestirse los mejor posible. Se presenta con empaque y afectación; en sus gestos y actitudes exagera la natural manera de expresarse de las personas de fino trato y elevada situación social. Ambicioso de notoriedad, para lograrla hace toda clase de sacrificios. Hablando es verborreico y ampuloso, y le agrada tomar la palabra en las reuniones para enquistar en sus frases mal trabadas términos rebuscados, muy especialmente cuando se percata de que su auditorio no puede comprenderlo. Su tema principal es la política. Su inteligencia es limitada, pero posee fértil memoria, a

veces sorprendente, y debe a ella la culminación de sus estudios universitarios y la obtención del título de "doctor", que es su aspiración máxima y la que da la medida de su esfuerzo mental. El título profesional automáticamente lo desliga de la comunidad, al acrecentar sus ambiciones, y también de su familia, a la que trata desdeñosamente, áspero trato que alcanza a sus propios padres: el campesino se ha hecho ciudadano y reniega de su origen, conflicto magistralmente planteado por la literatura moderna en obras como *M'ijo el doctor*, de Florencio Sánchez.

Tomando a los mocheros en conjunto, es de importancia anotar ciertas prácticas, tales como sus